

FICCIÓN

# LA TIERRA BALDÍA

## Walter Lezcano

Es ensayista, poeta, novelista, docente y periodista. Publicó notas en medios como La Nación, Clarín, Página/12, Anfibia y Billboard, entre otros. Publicó obras de ficción como *Calle* (2013), *Los guachos* (2015), y *Rejas* (2016). Es autor de ensayos vinculados al Rock Nacional, entre los que destacan *La ruta del sol. La trilogía de Él Mató a un Policía Motorizado* (2017) y *Días distintos. La fabulosa trilogía de fin de siglo de Andrés Calamaro* (2018).

**M**e acuerdo que fue antes de internet. Era otra vida pero está bien eso -pensar en ese límite preciso- porque yo era otra persona. Definitivamente.

Incluso vivía en otro lugar, muy distinto a este en el que escribo. Y también, ahora que lo pienso, digo que era otro tipo de vida porque por ese entonces yo jugaba bastante seguido al fútbol, con los pibes del barrio en una canchita mugrienta cerca de casa.

Ahora ya no me acuerdo de ese barrio (del que me escapé a todo nivel ni bien pude), ni de los pibes con los que jugaba (aunque me enteré de la muerte -violenta- de alguno), ni siquiera cómo era tocar una pelota con los pies.

De lo que sí me acuerdo bien es de esa canchita. Ahí encontré mi vocación, una vocación que ahora está muerta, y que no tenía nada que ver con lo que pasaba en los partidos. O mejor dicho: con lo que yo hacía.

¿Por qué me esforzaba tanto? ¿Por qué jugaba al fútbol si en el fondo no me gustaba? No tengo la más pálida idea. Pero si lo reflexiono un segundo (un segundo es una unidad de tiempo igual de importante que otras), creo que era por un tipo de curiosidad extrema de la que nunca pude desprenderme. También porque no quería quedarme solo en casa: ser hijo único puede llegar a ser un infierno.

Me echaron de la redacción hace unos días. Desde ese momento me está costando despegar del suelo y del pozo ciego del resentimiento. Me vengo replanteando toda mi vida y no entiendo nada. La verdad es que nunca pude ser adulto. Aunque lo cierto es que no sé bien qué carajo es ser adulto y comportarme como tal.



# LA TIERRA BALDÍA

Walter  
Lezcano

---

**¿Y ahora dónde estaba tremendo jugador que nunca había salido del potrero? El ilustre desconocido no podía morir en el olvido. Yo, al menos, no quería que eso pasara.**

---

Ya se venía hablando de la reducción de personal en el diario desde hace meses, pero yo no quería pensar en que eso también me iba a tocar a mí. No quería desconfiar de mi suerte pero a veces la suerte falla. Falla y duele, y te caga. Demasiada confianza en uno mismo es un problema de inteligencia.

Esa canchita en la que jugábamos la descubrí el segundo o tercer día que llegué a vivir al barrio. Caímos en ese barrio luego de que mamá se separara de un novio violento que tuvo. Uno más, en fin. Ella trabajaba de enfermera en un geriátrico 24 horas por día, más o menos, así que tenía que arreglármelas solo: el colegio y todo lo demás también como, por ejemplo, cocinarme y hacer nuevos amigos. Yo estaba cerca de terminar el secundario, así que mucho no me costaban estas cosas. Exploré, entonces, el barrio nuevo y llegué a esa canchita.

Lo de la indemnización se va a resolver rápido, me dijeron en el diario. Me lo contó el que fue mi editor, un tipo despreciable y miserable porque siempre fue un compañero de mierda. No solo conmigo, sino con todo el mundo en la redacción. Lo odiaban.

Quieren sacarse todo esto de encima muy rápido, así arrancan con una nueva etapa, me comentó, antes de darme la mano y desearme suerte para el futuro. Le desee lo mismo y al segundo siguiente me arrepentí completamente, porque tenía que haber hecho mierda la redacción y cagarlo bien a piñas a esta mierda humana que lo único que hizo fue cagarme la vida desde que lo conocí. Pero algo dentro mí, cierta sobreadaptación cultural al contexto o miedo físico (me llevaba dos cabezas), no lo sé, algo concreto e indescifrable, me lo impidió.

Es una buena guita pero no te sirve de mucho más que para tirar un tiempo. ¿Y después? Esa es la gran pregunta de mi vida en general: ¿qué pasa después? Creo que por eso ahora me acuerdo de la canchita. Cuando conocí la historia del Negro López supe que quería ser periodista.

Claro, yo creí en ese momento que iba a ser periodista para siempre. Las esperanzas te dan nafta un tiempo.

Pero en algún momento se acaba ese combustible. Bueno, ¿y después?

No hay nada que se derrumbe más rápido que una ilusión.

El Negro López, según me decían, fue el mejor jugador delantero que había pisado esa canchita del barrio en toda su historia. Y seguramente, especulaban los relatos, nunca iba a haber alguien mejor.

A medida que me iba juntando con los pibes, que me daban un lugar y me corrían de la zona del “nuevo”, cada uno me iba contando una anécdota de algún partido y de otro: de jugadas y goles legendarios que hacían del Negro López una figura mitológica a la que todos pudieron acceder y verlo hacer su magia. Les resultaba increíble ese privilegio.

¿Y ahora dónde estaba tremendo jugador que nunca había salido del potrero? El ilustre desconocido no podía morir en el olvido. Yo, al menos, no quería que eso pasara.

Fue ahí que empezó mi curiosidad por el Negro. Más bien por el misterio de su vida y su destino afuera de la canchita. Y no sé si hay algo más poderoso que eso para activar la curiosidad de alguien.

Ya no hay redacciones por ningún lado. El periodismo está muerto. Esas son frases que ya escuché demasiadas veces y no las tolero más. Ayer discutí con un amigo por el tema. Estábamos en un bar en el que nos juntamos para tomar unas birras y despejarnos un poco. Pero como los dos estamos sin trabajo, la charla se puso seria y tiró las frases con esa postura de minero que conoce el centro de la tierra, y en realidad lo único que tiene es resentimiento. Tuve que decirle que cierre el orto, que se vaya del país, que se suicide. Me preguntó si me pasaba algo, si me sentía bien. Le dije que sí, me paré y me volví a casa. La reconcha de la lora, cuando tu entorno te destruye es tiempo de cambiar de vida. Pero eso me da miedo porque nunca me vi por afuera del periodismo.

No tengo la fuerza -ni mental ni anímica- como para volverme un periodista *freelance*. Después de conocer cómo es la vida adentro de una redacción, eso de mandar sumario y esperar que se dignen a responderme, es como mendigar un pedazo de pan duro. Detestaría verme en esa posición que nadie se merece.

Lo cierto es que ya no sé cómo voy a ganarme la vida. Lo que siempre hice, periodismo, ya no me sirve.

Tengo que empezar una nueva vida.

El tema es que a veces para darle rienda suelta a tu curiosidad, necesitás una excusa poderosa: yo de pronto la tuve. Para una materia del colegio tuve que hacer el perfil de alguien, de una persona cercana. Era un trabajo práctico que contaba como evaluación.

Me pareció perfecto. Lo que había pedido la profesora de comunicación, específicamente, era el perfil de un familiar para que no nos lleve tanto tiempo hacerlo. Yo le dije que iba a hacer el de un amigo, y me contestó que no había problema como quien se saca de encima un pesado. Entonces decidí hacer un perfil del Negro López.

El Negro López vivía muy cerca de la canchita, a unas pocas cuadras. Uno de los pibes del barrio me pasó su dirección. Y también me dijo, con mucha seguridad, que seguro no me iba a atender porque desde hacía tiempo que ya no quería ver a nadie. Eso me inquietó un segundo, pero en seguida me dije que lo iba a intentar igual.

Vivía en una casa común y corriente. Nada extraño. Pensé si la tenía que describir para el trabajo práctico y qué debía poner. Un tejido tambaleante, unas flores, casa de material tipo caja, un tanque negro en el techo. No mucho más.

Salió una mujer muy alta y me preguntó qué quería. Le conté del trabajo práctico y del perfil que quería hacer del Negro. Se quedó mirándome y no pude descifrar en su cara o en sus ojos qué estaba pensando.

Se metió en la casa. Esperé sin saber si iba a volver a salir o no. Y salió a los minutos.

Me hizo pasar. Me dijo que Julián (ahí me enteré que se llamaba Julián. Ella nunca lo llamó Negro) estaba en su pieza. Que pase nomás sin golpear, que él ya sabía que iba a entrar.

Abrí la puerta muy despacio. Ahora mismo me pregunto si tenía temor. O eran simples expectativas. La condena al fracaso es una esperanza excesiva. Pero eso no lo sabía en ese entonces.

¿Qué hacés?, me preguntó, a modo de rápido saludo ni bien me vio. No quería distraerse de lo que estaba haciendo.

Nada, le respondí. Vine a ver qué onda con algo de la escuela. Se ríe, con una tristeza muy notoria.

Su delgadez era extrema y su blancura, imposible. Estaba sentado jugando a los videojuegos con la mirada clavada en la pantalla. El olor era horrible. No sabía si era él o la pieza, pero algo se estaba pudriendo.

No tengo mucho tiempo, dijo de pronto, y me liquidó los pensamientos. Mi preparación era nula. Nunca había hecho una entrevista en mi vida. A pesar de eso me gustaba escuchar. Era bueno en eso.

Le pregunté, fue lo primero que se me ocurrió, por qué ya no jugaba más a la pelota.

El clima se puso extraño. O el Negro lo hizo con algo que podríamos llamar energía, *mala energía*. Suspiró. Dejó de jugar y miró el piso.

Después dijo, sin mirarme, que no era tan fácil de explicar porque él mismo no sabía bien por qué prefería toda la vida dedicarse a los videojuegos que a la gente de carne y hueso.



**Su delgadez era extrema y su blancura, imposible. Estaba sentado jugando a los videojuegos con la mirada clavada en la pantalla. El olor era horrible. No sabía si era él o la pieza, pero algo se estaba pudriendo**

Y lo mejor de todo, continuó, es que no tengo ningún remordimiento: lo haría otra vez.

Creo que no tolero no tener todo el control de lo que pasa en un lugar. Con el videojuego depende todo de mí. En la canchita no dependía todo de mí y me reventaba los nervios ver cómo los pelotudos que jugaban conmigo lo hacían tan mal. Cuando descubrí los videojuegos supe que era mi destino. Nunca más voy a salir de acá. Por ahí también tiene que ver con la muerte de mi viejo. Dejame solo que tengo que seguir con esto. Y eso fue todo.

Hice el trabajo con eso que me contó el Negro, agregué un montón de mentiras y aprobé con siete el trabajo. Descubrí dos cosas: que la profesora de comunicación era una terrible forra y que quería ser periodista hasta el fin de mis días.

Cobré la guita de la indemnización. Hice números para ver cuánto tiempo puedo estar sin trabajar. ¿Qué voy a hacer después? Las redacciones y el periodismo están muertos me repite mi cabeza en *loop*.

Ayer fui a ver la canchita donde escuché por primera vez la historia del Negro López. Me sentí muy extraño. Y solo. Quería recuperar algo del combustible de mi oficio. No insistí más y volví a casa.

De todas maneras no importa. Ya sé que no puedo ser periodista nunca más. ■